

## Recovero

Yo la esperaba todos los días. Pero ella sólo hacía acto de presencia los miércoles, o puede que los jueves de cada semana. Llegaba con su pasitrote corto —porque era menudita y de pies muy limitados—, su aspecto tímido y su larga indumentaria negra: zapatillas de fieltro, calcetas, fajo, refajo, falda, delantal y pañuelo. (Siempre se tocaba con un paruelo negro que la recogía el pelo, rematando atrás en pico, y que le recortaba el rostro, de facciones agudas, brillantes y deliciosamente pequeñas, todo él surcado por amplias arrugas). No recuerdo de ella otro atuendo que el negro, atildado ligeramente por algún bordado o encaje, rigurosamente limpio, aunque blanquecino y regado de brillos añosos. A buen seguro que aquella tela negra había cubierto su cuerpo desde muy joven. Y no cumplía ya los noventa, no. La llamábamos en casa la "abuela vieja", porque es costumbre murciana llamar a las cosas por su nombre más próximo, más preciso. Aquella abuela no era como las demás, no era la abuela entrada en aros, sino la abuela anciana, ancianísima, madre de mi abuela, abuela de mi madre, bisabuela mía, la "abuela vieja".

Llegaba a Murcia desde Patiño, andando con su paso quedo por los quijeros y las sendas, bordeando y sorteando brazales y regaderas, caminando por la derecha del camino, posiblemente asustada de sentir —porque los murcianos no sólo oímos, sentimos— pasarle rozando los coches de línea. (Ella acertó a conocerlos, pero jamás permitió montar en vehículo alguno hasta que rebasado su centenario le llegó la hora de emprender el último viaje, el único motorizado).

Llegaba arrastrando su pequeña gran humanidad, cansada, claro, pero decidida a no depender de más vehículo que el de sus piernas, llevando en el brazo la gran cesta de mimbre de dos ventanales, uno a cada lado del asa. El contenido era siempre un misterio. Había que aguardar pacientemente a que abriera la cesta para ver qué contenía, pues ella se demoraba adrede, orgullosa de espolear nuestra curiosidad. A veces eran polluelos, o huevos frescos entre pequeñas pajitas rubias, o ambas cosas a la vez. Aquellos polluelos me parecían los más vivos del mundo y los huevos, los más frescos.

Un día de aquellos supe, gracias a la "abuela vieja", que existía un lugar en la ciudad que llamaban recova, al que ella ocasionalmente acudía a vender su mercancía para invertir luego el producto en utensilios del hogar o en no sé qué ajuar para no sé qué pariente. Pero no la dejaban ir, posiblemente para que no se cansara más de lo que ya estaba. La cesta se vaciaba en mi casa y le pagaban, supongo, el precio que corría. Entonces ella se iba con la cesta al brazo, vacía, salvo por alguna cuña de queso, salchichón, chorizo o embutido ciudadano. Luego, mientras sopaba yo en aquellos huevos de clara blanca como el armiño y de yema fragante, densa y cobriza, contaba los días que faltaban para que la "abuela vieja" volviera a aparecer por el cuello de embudo que la plaza de San Bartolomé forma en la calle de Jabone-rías, y suspiraba porque un día me dejaran ir con ella a esa misteriosa y eufónica recova que imaginaba como un exótico Edén de animalillos domésticos.

Imagino que más de un murciano habrá conocido la recova gracias a su "abuela vieja". O que se habrá quedado con ganas de conocerla por ella. Porque un mal día la "abuela vieja" no llega. Y a la otra semana tampoco. Ni a la otra. Entonces ya no se la espera y se la empieza a olvidar.

Hay muchas "abuelas viejas" en la Huerta que no alcanzan a llegar a la recova. La vejera se lo impide, los años son implacables, el tiempo pasa dejando huella en las piernas de estas huertanas bulliciosas que no se resisten a estar quietas mientras albergan un poco de fuerza en el cuerpo. Cuando ellas no pueden ir aceptan el relevo, dejan que sean las hijas o las vecinas quienes se encarguen de llevar a la recova los huevos y las gallinas, los gallos y los capones, los conejos y los pichones. Lo hacen de mal grado, apenadas, porque ir a la recova, cuando podían, significaba potencia, y además era un sagrado deber suyo conseguir hasta el último céntimo y defenderlo luego comprando no sin antes preguntar el precio de las cosas en varias tiendas del ramo. Ir a la recova tiene —o al menos tenía— para las huertanas un mucho de rito: el de defender lo propio, que en el espíritu de todo hogar huertano late el tenor del viejo proverbio:

Quien vende el trigo en la era,  
la lana en la tijera,  
el queso en el cincho  
y el vino en el mosto,  
el provecho da a otro.

Y los huevos en el corral, y los pollos en la pollera, habría que añadir.

No. Mientras las piernas sean fuertes y las entendederas claras la mujer de la Huerta irá a vender el producto de sus desvelos a la recova, donde pueda tratar directamente con el consumidor evitando dar el provecho a otro. Cuando no sea así, cuando no haya otro remedio, ¡qué salida sino darlo al recovero que compra y revende haciendo de intermediario!

El recovero es por lo general un huertano aventajado, llegado a más, desertor o no de la azada y del arado, que se gana la vida comprando en la Huerta y vendiendo en la ciudad, en la recova. Sus comienzos suelen ser modestos: vende su propia mercancía. Y cuando ve que le va bien, que tiene facilidad para el trato, labia para el cambalache y el regateo y don para el grito y el aspaviento de la oferta, el huertano decide hacerse recovero y vivir de ello y para ello aprovechando sus grandes dotes bifaciales: saber bien comprar y mejor vender. O mejor dicho, al contrario, porque no puede bien vender quien malcompra. De aquí que los huertanos con productos que vender piensen que mejor hacerlo ellos que dar el provecho al recovero.

Tal razón hace que el día de recova la ciudad bulla ( ¡Cómo bullía cuando aún no había sido canalizado el río ¡) con la presencia de la Huerta en pleno, que llega a comprar y vender, a permutar productos de su corral por remedios para las necesidades del hogar. Mucho de heroísmo encierra la benedictina paciencia que despliega la huertana llegada de varios kilómetros para vender un par de rollizos capones, y su estar toda la mañana aguantando, diciendo "no" a quienes quieren cómpraselos dos duros más barato de lo que ella pide. No, que suyos son esos dos duros, que sus sudores le costó sembrar panizo y amasijo en los picos de las aves cada tarde, y segar macollas, verdolagas, grama y hierba mora para los conejos. No, el par de capones vale lo que vale, y si alguien quiere comer carne fresca, de confianza, criada a conciencia, que emblandezca el corazón y alargue la mano dando esos dos duros de los que la buena mujer sacará mejor que bonísimo partido, viniendo pronto a duplicarlos, porque dos duros que no pierde y dos que bien emplea desmienten cualquier principio de inmutabilidad matemática.

No hay que ser un experto para distinguir de inmediato la timidez de la huertana frente al desgarrar y desparpajo del profesional del trato: el recovero. Este tiene empaque para la venta, condiciones para la demostración y gracia para tocar con índice y pulgar el muslo de las aves, haciéndolo tocar, a su vez, al que se acerca a comprar. Si es él quien adquiere, dirá a la huertana que su gallina está una miajica escuchimizá; si es él quien vende, demostrará que es rolliza, sebosa y a lo mejor ponedora. El recovero tiene a punto lo que se desee: el polluelo tomatero, el capón tierno y jugoso, el gallo bravío especial para asado, la gallina ponedora que puede reponer las fuerzas de la parturienta más decaída... El recovero suele ir cubierto de polvillo blanco y de alguno que otro de esos chorretones verdinegroamarillentos que prodigan las aves de corral; pero él ni tiene melindres ni le afectan los picores de las plumas. El recovero vende con mucha seriedad, consciente de la salud de su mercancía, si alguien pregunta por un casual que si el animal es de confianza, a buen seguro que le ofende, porque el recovero tiene a gala ofrecer mercancía de buena ley, que su negocio es limpio y diurno, no como el de aquéllos que amparándose en la noche venden, para caldo, animales enfermos a los bares y restaurantes de dueños poco escrupulosos. El recovero sabe que el futuro de su negocio reside en la bondad de la mercancía que ofrece, y si ésta es buena se acreditará él, y la parroquia no tendrá inconveniente en pagarle más que a otros, pues lo que cuenta al comprar un ave para caldico de enfermo no son los duros de más; es la nobleza de la carne.

A orillas del río, próximo al mercado de Verónicas,\* el recovero extiende los cachivaches de su negocio. A saber: las polleras, las cestas de huevos, las jaulas de conejos, los capachos con las palomas y los pichones. Cuando alguien se acerca el hombre vibra, se emociona, y alardea de tener los huevos más frescos del mercado; y que nadie se ofenda ni quiera encontrar al anuncio sentidos ocultos o torcidos si el recovero añade: "La polla, ¿quién me la compra?" Que nadie se alarme, que lo que vende el recovero bien se sabe; y si, al punto grita: "¿Hay quien necesite huevos?", ya se sabe de qué va. Los mercaderes de esta tierra nuestra son hábiles con la palabra, arquitectos del lenguaje, agudos improvisadores no reñidos con la gracia espontánea, esa que a nadie hiere porque mala fe no encierra. El recovero puede permitirse eufemismos con la interina frescachona: "Chacha, ¿necesitas un pichón?", porque el recovero pregona su género con inaudito donaire, con ascentral liberalismo; aunque respetando a la parroquia, sabiendo guardar las distancias, bromeando a quien procede, pero guardando compostura y respeto, por ejemplo, al ama del canónigo decaído que llega a comprar un buen pollico para frito; permitiéndose, igualmente, aconsejar a la madre que tiene a la hija en tornaboda sobre qué puede convenirla para reparar el destinte de las ojeras. (El recovero es, en fin, una especie de híbrido de confesor, abogado y médico. Por su bufete abierto pasan casos diversos, increíbles, de gentes siempre bien dispuestas a confesar sus cuitas). El recovero tiene soluciones para todo: nunca anda escaso de la carne más tierna, más jugosa, más grasienta, más propicia a reparar achaques e insuficiencias. La gente va al pescaero cuando está enferma y el médico diagnostica pescado blanco. Pero acude al recovero espontáneamente, cuando ella misma se ha diagnosticado insuficiencia de grasas o fuerzas y quiere apuntalarlas metiéndole al cuerpo un buen tazón de caldo. En consecuencia, el recovero viene a ser una especie de botica sin trastienda; porque en la recova todo está a la vista del público, abierto, y sin tapujos.

Para noviembre el recovero ya comienza a pregonar las excelencias de una manada de pavos que tiene en el campo picoteando yerbas, desperdicios, garrofas,

hojarasca y lombrices, promete carnes maravillosas, acepta pedidos anticipados..., adelanta la ilusión por la Navidad.

Al recovero le basta con echar un vistazo a una cesta para saber las docenas de huevos que encierra, y cuando los cambia de lugar lo hace con la misma desenvoltura que si fueran ladrillos, que parece no cuidarlos, casi los tira, agarrándolos primero por una mano que prende más unidades de las que aparentemente caben en ella. El recovero extiende una mano para cobrar y paga con la otra. La diferencia se la embute en el bolsillo del peto. Porque los recoveros llevan por costumbre pantalón azul con peto, sin que yo sepa exactamente el porqué, que esto de los ramos es cosa seria y cada uno tiene sus secretas normas.

El recovero prefiere comprar en la Huerta, con reposo, sin prisas, yendo donde sabe puede encontrar lo que precisa. Pero a él, tarde o temprano, también acuden las mujeres incapaces de vender por sí mismas, aquéllas que echaban cuentas de vender la clueca o el gallo en la recova y ven pasar las horas sin lograrlo, o aquéllas que temen perder el coche de línea, o las que simplemente han de volver pronto a sus casas para ocuparse de los animales de la cuadra, los críos, el marido, por este orden y sin que nadie se ofenda. Las mujeres que van a la recova quieren, por lo general, deshacerse cuanto antes del bulto; no porque les pese, sino a fin de tener tiempo para emplear las pesetas recogidas en buenos alimentos y telas. Dichas pesetas son un excelente desahogo para el hogar, porque vienen de nada, es decir, de su propio trabajo, ya que si los huertanos tienen corral es para comer buena carne, pero al tiempo para criar con yerbas que nada cuestan, o con panizo de la propia cosecha ayudado con un poco de harinilla, salvado o centeno, unas parejas de más con las que mejorar ligeramente la economía familiar.

Apenas coger el dinero se ve a las huertanas salir corriendo en dirección al mercado, a la Plaza, a Platería o a Trapería, a fin de comprar trapicos o unas sandalias de goma para los mengajos. Se las distingue a la legua por sus polleras vacías, por sus cestas abiertas, por el polvillo de sus delantales. Como también se distingue a una legua al recovero que normalmente va por la ciudad sobre bicicleta de amplio portaequipaje en el que las aves asoman sus picos de presidiario por entre los barrotes de las cajas o piolan tras la urdimbre del esparto, mientras que el guardabarros trasero siempre conserva algún poso de las viajeras, las cuales desparraman sobre el asfalto o el adoquín las plumas y el excremento, que son su mejor tarjeta de visita. Añadiré más: en los cabellos del recovero nunca falta alguna de estas pequeñas plumas expelidas por un aleteo desafortunado.

El recovero y la recova son populares, consustanciales a Murcia. Son una prolongación del corral huertano en la ciudad. Tal es así que cuando alguien tiene una ocurrencia más bien tonta y capciosa se le dice intencionadamente: " ¡Anda y tócate la recova, a ver si te ha sudao!" Tras lo cual no queda sino exclamar: ¡Ay qué pueblo más liberal este nuestro que no se priva de enredar tan deliciosamente las palabras! Es el mismo pueblo que engendró a aquél gran paladín de la causa cantonal que se llamó Antonete Gálvez y que, posiblemente, montaba de través por resguardar su recova, su preciada recova.

Sé que alguien al leerme en presente dirá que desvarío, que vivo en la inopia, que todo esto ya es historia, que pasó al olvido el tema. Pero ocurre que me resisto a escribir

en pasado. Sencillamente: me niego. Porque si algún día me aviso o alguien me avisa que la recova ha desaparecido de Murcia, no sentiré extrañeza, sentiré pena, grandísima pena, de estos conciudadanos míos que han dejado de comer huevos frescos (aquellos huevos frescos bien resguardados entre pajitas, deliciosamente embutidos en las cestas de dos ventanas de las "abuelas viejas" murcianas que no tomaban el coche de línea) para sopar —ruinoso trueque— en el blanco hiriente del huevo granjero envasado en féretro de plástico.